

SUSANA STUTZ
EMBOSCADA

Antonio Oviedo
DIRECTOR



EMBOSCADA

Amplios balcones se abren hacia el vacío. En el noveno piso, apoyada sobre una reposera, María Inés pretende que su piel absorba todo el sol de enero. Una inquietud la domina, pero es la hora de la siesta y descansar es la consigna. Cierra los ojos y piensa en Adrián. A las once, cuando escuchó su voz por el teléfono, debió mostrarse lacónica para no caer en la pregunta de siempre: ¿te sentís bien? Ella lo sabe, algo está alterando la vida de su marido, pero no logra descubrir qué es. Por ahora adivina que él necesita estar solo. Coloca sobre el individual un plato con la merienda y deja un breve mensaje.

Después de un día bastante trajinado, Adrián sólo desea darse una ducha y dormir. Se calma al leer la nota. Desde hace seis meses lo carcome, como una pesadilla, la presencia de su vecina. Lucha por vencer ese impulso, pero es inútil. Otras veces le ha sucedido. El desasosiego invade su cuerpo cuando termina de bañarse. No se tolera a sí mismo. Una maldita excitación lo empuja y no intenta resistirse. Inicia ese escurridizo deslizarse sobre el parquet, con los pies descalzos. Abre la puerta sin provocar ruido y, a la hora convenida sin palabras, se asoma al *palier*. Enfrente, la puerta entornada,

invita, seduce. Una mujer joven, de cuerpo diminuto, espera. Sólo la profundidad de su mirada llega hasta el hombre; una mirada verde y un aroma a alhucemas, ingenuo, casi infantil. Al hombre descalzo le recuerda el perfume de la cabecita de su nieto, pero no es de ternura el sentimiento que lo invade. Apoya los dedos en los labios, mantiene con vigor la mirada de la adolescente y entonces, imita el ademán de arrojarle un beso. Ella cruza los brazos sobre el pecho y aprisiona sus hombros con manos firmes. Echa hacia atrás la cabeza y en una ofrenda sin tapujos se deja desplomar sobre la alfombra. Sabe que cuando el perfil de las sierras se tiña de rojo, su zozobra se calmará. Adrián cumplirá una vez más el rito: le acariciará los ojos rasgados y ese rostro de mujer con reminiscencias orientales. Entonces ella, adormecida, le repetirá al oído aquella inagotable historia del fuego y la serpiente. El ambiente estará preparado para atraparlo. Él conoce su gusto privilegiado y la turbación que le provocan no sólo su cuerpo sino también la música, los aromas y los sabores que manipula.

Cuando las cortinas suelten esencias de sándalo, se iniciará, para ella, el otro ritual. Apoyará las manos en el rostro rendido de Adrián y percibirá otra piel. Con fuerza surgirá la imagen de aquel rostro de pómulos salientes, y el enrejado de orquídeas cayendo desde la estantería... parecerá tan cercano. Percibirá otra piel. Verá su cuerpo desplazándose entre plantas exóticas, en un juego compartido. Allí, en el ambiente húmedo del vivero de sus abuelos, no habrá señuelos, ni emboscadas, ni sahumeros. Sólo una juventud sumada a la otra. Un arrebatado que, agregado al otro, provocará el incendio. Y después, la traición, la huida, la distancia.

El zigzagado de un relámpago invadirá el lugar. Será entonces el momento del regreso. Mansamente, cerrará los ojos.

Sabr  que quien cayó en la trampa no fue el hombre del noveno piso. Apretar  sus ojos rasgados y se sentir  envuelta en una somnolencia conocida, como aquel letargo que la invad  en las noches pegajosas de Misiones.

EL RITO

Sobre el escritorio, el catálogo de una obra de teatro y una fecha: 1997. En el interior, figura el elenco por orden alfabético y una foto de la «auténtica Alicia de Lewis Carroll». El nombre de una niña y su apellido enmarcan el cuadro. El nombre de una niña desaparecida en 1938.

Abrió el ropero y separó un abrigo naval con botones dorados. Dobló el vestido de organza celeste y comenzó a apilar todo sobre la cama. El guardapolvo con tablas se había agrisado en la espera. Acarició una caja de lata con una imagen colorida, en la que una abuela con su nieta toman té en tazas de porcelana. Adentro de la caja, las fotografías. Disparos de una Kodak apresando la vida: domingos de río, cabalgatas en las sierras y ese tabaquillo de Los Gigantes cubierto por la nieve, como una escultura, como un anuncio de la crucifixión.

En el programa, el autor anuncia que la historia de esa niña, será contada “por extraños que nunca la vieron”.

La mujer se alejó del roperito, cerró los ojos y se sentó, pero los latidos acelerados y sus manos demasiado inquietas, la obligaron a continuar. Al fondo del estante descubrió telas escocesas y cuellos de terciopelo. Como una llamarada surgió el colorido de una pollera de gitana y entonces otro flash le recordó la foto de aquel último carnaval. Pollerita de gitana, labios de niña pintados con el lápiz Tangee de su mamá. Pero ya no había colores en la foto, sólo un sepia entristeciendo la inocencia de una sonrisa. Carnaval y disfraces. Botitas de cuero para la gitana rusa y opacas guirnalda de organdí.

Un crítico opina: «... esta obra es una parodia de investigación».

Acumuló las cosas en un solo paquete y comenzó a hurgar en los estantes. Una caja de madera con tapa corrediza escondía lápices y tizas de colores, dos estampillas extranjeras y una hoja de Gillette. Una edición ilustrada de *Alicia en el país de las maravillas*, figuras recortadas de revistas infantiles, un montoncito de estampas sujetas con una lana azul, la cabeza deslucida de una muñeca Marilú sin peluca y un oso de paño que tenía un solo botón en el lugar de los ojos.

Puso todo en una valija de cartón y fue hasta el garage. Subió al auto y se sintió segura. Buscaría el sitio secreto, hacía años que venía postergando esa decisión y el momento era propicio. Estaba sola. Sobre la ruta desierta, aceleró y volvió a acelerar después de la curva. Sólo el cielo sería su testigo. Las sierras se veían azules en ese abril distinto. El monasterio de las benedictinas quedó atrás. Se internó en las Altas Cumbres. Cuando llegó al lugar se detuvo. Allí esperaba, poderosa como un altar, la base de una piedra. Alzó la valija, recogió algunas ramas, abolló unos diarios amarillentos que había llevado, encendió una fogata y la fue alimentando, lentamente, con organzas y terciopelo. El viento avivó las llamas, las hojas de

las revistas comenzaron a inflamarse y el paño azul marino soltó un olor penetrante. Sobre el rojo de las brasas se esfumaba un rostro de ojos mansos.

En el desorden de papeles, el recorte de un artículo periodístico de 1939, señala que «los huesos calcinados que se encontraron en un horno de cal, no eran humanos». En otro, fechado el viernes 23 de mayo de 1997, se habla de declaraciones hechas en el juzgado de Villa Devoto, en relación al asesinato del periodista José Luis Cabezas. En un tercer recorte hay una nota sobre el estreno, el viernes 23 de mayo de 1997, de una obra sobre aquella niña del catálogo: «... una obra que obliga a reflexionar sobre la impunidad».

Pese al calor que sentía en el cuerpo, las manos de la mujer estaban frías. Las entibió acercándolas al fuego. Después estalló en un grito que había estado durante años ahogado por la impotencia y se sintió liberada.

Miró a su alrededor: sólo piedras y silencio. Una brisa fresca que anunciaba tormenta, dispersó las cenizas.